

Cómo he traducido Proust

How I have translated Proust

Natalia Ginzburg
(Palermo, 1916 - Roma, 1991)

Publicado el 15/07/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Nota introductoria a *Cómo he traducido a Proust* de Natalia Ginzburg*

“Aprendí entonces, con *Du côté de chez Swann*, qué significaba traducir: ese trabajo de hormiga y de caballo que es la traducción. Ese trabajo que tiene que combinar conjuntamente la minuciosidad de la hormiga y el ímpetu del caballo. [...] Existen personas que tienen el arte de traducir: yo no tengo este arte. Leone lo tenía. Yo puedo traducir solo si me enamoro de lo que estoy traduciendo” (Ginzburg, 1990, p. 560). Así escribe Natalia Ginzburg (Palermo, 1916 – Roma, 1991) en el epílogo de la edición de 1990 de *Por el camino de Swann*, en la que recompone y vuelve a proponer en la colección Scrittori tradotti da scrittori de Einaudi su primera traducción de 1946, que en los años sesenta, a espaldas de la indignada traductora, había sido completamente revisada y corregida a partir de la nueva edición crítica francesa de la *Recherche*.

Por el camino de Swann representa la primera experiencia como traductora de la joven Natalia Levi, la cual era también la primera traductora italiana: le habían encargado en 1937, junto a la *Recherche* completa, de parte de Giulio Einaudi y Leone Ginzburg, el Leone mencionado en la cita, docente universitario de Literatura Rusa y severo censor de sus traducciones, con el que Natalia se casa en 1938, que ve ser torturado y asesinado por los fascistas en 1944 y con cuyo apellido firmará en adelante todas sus propias obras. Las palabras-testamento del epílogo de 1990, escritas por Ginzburg apenas un año antes de su muerte, testimonian bien su sensibilidad de traductora, y ese sentimiento de amor que siempre, más que cualquier criterio teórico y metodológico, ha guiado no solo su práctica de traducir, sino también su obra de narradora, de autora teatral, de ensayista y de militante política. Las páginas de este texto abren, por otra parte, dan pie al problema siempre actual de la espinosa relación traductor-editor y traductor-revisor: “En mi traducción –escribe Ginzburg en un pasaje con tono afligido– que había errores, y han sido corregidos. Lo agradezco. Pero pienso que los revisores tendrían que haberme presentado sus correcciones. No lo han hecho. Esta traducción mía, si tengo que juzgarla hoy, la considero una traducción defectuosa pero apasionada. Pienso que los revisores, cuando una traducción es defectuosa pero apasionada, se tendrían que dar cuenta de ello, corregir los errores pero presentar al traductor las correcciones. Si no lo hacen, alteran algo que no tendrían que alterar sin consenso” (Ginzburg, 1990, p. 652). Junto a la humildad y la conciencia de sus propios límites transluce, pues, con otro tanto de mordacidad, el orgullo de la traductora, obligada aquí a defender sus elecciones de traductora y la dignidad de su propio trabajo. Un trabajo en el cual Ginzburg ha perseguido el imperativo de la máxima adherencia al texto de partida que

* Albanese, A. & Nasi, F. (eds.). (2015). *L'artefice aggiunto: riflessioni sulla traduzione in Italia: 1900-1975*. Ravenna, Longo, pp. 262-265. El texto ‘Come ho tradotto Proust’ se publicó en *La Stampa* el 11 de diciembre de 1963. Agradecemos a los herederos de Natalia Ginzburg el permiso para traducir y publicar el fragmento.

puede obtenerse exactamente a través del feliz equilibrio entre la laboriosa minuciosidad y el arrebatado de entusiasmo. “Traducir –se lee en su *Nota* a la traducción de Madame Bovary de 1983– es servir [...]. Traducir significa pegarse y abrazarse a cada palabra y escrutar el significado. Seguir paso a paso y fielmente la estructura y las articulaciones de las frases” (Ginzburg, 1983, p. 433). Aquí se presenta un artículo de 1963 publicado en *La Stampa* con el título *Come ho tradotto Proust* en el cual, en la forma no de un riguroso ensayo crítico sino de un testimonio literario lleno de humanidad y con el “ímpetu del caballo”, Ginzburg recorre las vicisitudes, los criterios y los resultados de su proyecto proustiano.

Referencias bibliográficas:

- Ginzburg, N. (1983). *Nota del traduttore*. En G. Flaubert, *La Signora Bovary* (Natalia Ginzburg, trad.). Turín: Einaudi.
- (1990). *Postfazione*. En M. Proust, *La strada di Swann* (Natalia Ginzburg, trad.). Turín: Einaudi.

Cómo he traducido Proust

Cuando decidí traducir a Proust tenía veinte años. Me proponía traducir toda la *Recherche*. Nunca había traducido, en mi vida, nada; y cada vez que decidía hacer algo, sentía siempre un gran pavor de ser capaz de empezar pero no conseguir terminarlo; tenía, de hecho, a mis espaldas, una gran cantidad de novelas o relatos empezados y sin terminar, y lenguas extranjeras que había puesto a estudiar sin pasar más allá de las primeras páginas de la gramática.

No había ningún día de mi vida, en aquel tiempo, en el que no me prometiera a mí misma iniciar alguna gesta laboriosa, desde el estudio de la historia universal al estudio de la lengua griega; y estas ambiciones que me proponía se disolvían en el espacio de una tarde.

Sin embargo, había comenzado y terminado, entonces, algunos pequeños relatos: era poco, pero era ya algo; y estando ociosa la mayor parte de mis días, y rompiéndome la cabeza con nobles gestas y hazañas, me sentía desanimada por mi modo de trabajar y estudiar, y me aferraba al recuerdo de aquellas breves horas de mi vida en el que había empezado y terminado aquellos pequeños relatos.

En cuanto a la decisión de traducir a Proust, yo no había leído, de la *Recherche*, ni una sola línea. Todo lo que sabía de Proust, era lo poco que había oído de él en mi casa, todavía en la época de mi infancia: habían sido pronunciados en mi presencia los nombres de Odette y de Swann; y como yo había preguntado, creo, quién diablos era este Proust, me habían respondido que era un niño, el cual quería darse un paseo por una calle, con el objetivo de ver una niña que le gustaba, pero sus padres lo llevaban, en cambio, por otra: un niño que amaba los espinos blancos (yo tenía también, de pequeña, en mi jardín, matorrales de espinos blancos, pero no me importaba nada).

Así pues, un día leí la primera frase de la *Recherche*, “*Longtemps, je me suis couché de bonne heure*”, y me puse inmediatamente a traducir. En mi infinita ligereza, no pensaba ni siquiera en que tenía que leer, antes de comenzar a traducir, las primeras páginas. Estaba muy impaciente por saber si sabía o no hacer una traducción. Traduje las primeras páginas, avanzando así a ciegas, internándome en el laberinto de aquellas frases

tan largas, más curiosa por mí que por el significado de aquellas frases, comprobando en mí las capacidades que tenía para llevar las palabras de un lenguaje a otro; y cuando hube terminado de traducir las cuatro primeras páginas, se las enseñé a mi marido, Leone Ginzburg, el cual me dijo que estaban traducidas fatal.

Entonces, lentamente, empecé de nuevo. Mi marido me había explicado que tenía que buscar cada palabra en el diccionario, cada palabra, también de las que ya conocía perfectamente el significado, porque podía, el diccionario, sugerir una palabra más precisa y mejor. Mi diccionario era el Ghiotti, no tenía más: me habían dicho que el mejor diccionario era uno que se llamaba Fouché o Couché, oí el nombre así (se trataba en realidad del Littré), pero eran muchos volúmenes y no podía comprarlo porque costaba muchísimo. Se podía consultar en la biblioteca. Yo, las bibliotecas, las odiaba.

Así me puse a traducir muy lentamente. Me detenía durante mucho tiempo, interminablemente, en cada palabra. Pero había dejado de pensar en mí misma: y en la gran lentitud con la que me movía, era arrastrada por un ímpetu de profunda alegría, porque había empezado a amar los laberintos de aquellas largas frases: no debía romperlas, sabía ahora que no debía romperlas nunca; y lo que más me impresionaba era, en mí, el ritmo profundo y alegre que sentía vibrar en me incluso en el aburrimiento de hojear el diccionario; conservaba, hojeando el diccionario (nunca he sido rápida buscando en el diccionario y no tengo nunca bien claro el orden de las letras del abecedario), una alegría nerviosa y convulsa que asemejaba a aquella con la que escribía mis relatos.

Nunca traduje *La Recherche*. En cierto momento, entendí que no era posible. Tardé, en traducir los dos volúmenes de *Du côté de chez Swann*, ocho años. En estos ocho años me sucedieron tantas cosas que me alejaron, durante largos períodos, de Proust. Pero cada vez que volvía a él, cada vez que me ponía de nuevo a traducir, encontraba enseguida aquel ímpetu y aquella alegría nerviosa que vencían el tedio.

Leí entera *La Recherche* después de haber traducido las primeras ocho o diez páginas. Me sumergí en aquella lectura y no leí, durante años, prácticamente nada más.

Podrá parecer extraño, pero mientras traducía Proust tenía en la cabeza el escritor que yo más amaba, es decir, Tolstói: y esto puede parecer un error grosero de interpretación, porque no hay dos escritores tan lejanos entre ellos como Tolstói y Proust. Sin embargo, volviendo a pensar en ello hoy, me digo que quizás no era un verdadero y profundo error: yo buscaba en Proust lo que amaba en Tolstói, es decir la esencia misma de la vida, y era lo correcto buscarlo; traduciendo tenía en la cabeza las versiones italianas de *Guerra y paz*, y me decía que era verdad que me equivocaba, porque tendría que haber tenido en la cabeza otras obras, que no conocía al ser ignorante: pero hoy creo que no me equivocaba tanto y estaba bien así.

Esta traducción mía de *Du côté de chez Swann*, yo ya no la he vuelto a tener en la mano desde hace años, pero debe estar llena de errores. Si, no obstante, tiene alguna cualidad, se trata ciertamente de cualidades que tienen origen en aquel ímpetu y en aquella alegría nerviosa que sentía traduciendo. Pienso que aquella alegría tiene que haber dado también sus frutos. Porque aquella especie de alegría algún fruto lo da siempre.

A estas alturas me he perdonado a mí misma la ligereza de mis veinte años, cuando, un día, levantándome por la mañana, dije: “Traduciré *La recherche du temps perdu*”.

Una ligereza similar me ha dado, durante años, una punzante vergüenza. Pero a estas alturas aquella vergüenza ha desaparecido. Después de mucho tiempo, me he dado cuenta que he buscado y encontrando en Proust algo que me servía a mí, para mis escritos. Autores similares, con los cuales se entabla una relación de estrecho e íntimo diálogo, se encuentran pocos, en la vida dos o tres al máximo, pero uno, cuando es

joven, no lo sabe, y cree que puede entablar una relación similar con un gran número de autores. Sin embargo, cada uno tiene los suyos, y son muy pocos.

Cuando traducía a Proust, los primeros años, lo quería tanto que me imaginaba que él estaba vivo y que íbamos, él y yo, juntos a almorzar. La pena de que, en cambio, ya estuviera muerto me hacía casi llorar.

En cuanto a que yo me topara precisamente con Proust, por pura casualidad, y arrastrada solo por mi juvenil ligereza y ambición, de estos ya no me sorprende a estas alturas. Porque ya sé que las cosas más bellas, más importantes, más grandes de la vida, ocurren por pura casualidad y en los momentos en los que nosotros estamos más ciegos y más sordos, más desprovistos y distraídos. La casualidad nos toca el hombro y nos lleva al único lugar donde era indispensable ir.

Traducción de Juan Francisco Reyes Montero